

cendida frente al entuerto y el desafuero. En el mundo hay seres malvados, pero antes que malvados son hombres. Aquellos galeotes que los cuadrilleros llevan encadenados van a galeras «contra su voluntad». La voluntad humana y la libertad, que es su concreción más inmediata, son valores indisolublemente unidos a la personalidad, y de consiguiente, aquellos galeotes son como hombres amputados en la raíz y esencia de su propio ser, son seres a quien su ignorancia o su mala suerte han hecho desgraciados. Y en su socorro se lanza Don Quijote saltando por encima de una ley que él considera injusta. No espera ni quiere pago: de ninguna clase si no es el simbólico vasallaje y rendimiento de los cautivos ante la hermosura de Dulcinea. No hace sino obrar como quien es, que el caballero andante no quiere más premio que el reconocimiento de su condición, la más noble y esforzada de todas las humanas.

El Quijote es un libro humano, profundamente humano, porque a lo largo y a lo ancho de sus páginas hay un conmovedor y sencillo optimismo. No el optimismo bobalicón del jovencuelo ingenuo, sino el reposado y sereno del hombre maduro sabedor de las flaquezas y miserias que le rodean, conocedor de sus semejantes a quienes castiga, no con la acidez de la sátira envenenada, sino con la fina ironía de un retrato que es ejemplo y estímulo, vocación e ideal. Y no conviene olvidar que los ideales se hallan más allá de la Razón y tan cerca de la Fe que ellos son la Fe misma hecha concreción material, por muy paradójico que esto se nos antoje. Por eso Don Quijote busca la realización de sus ideales más allá de la sensatez y el sentido común, en los límites de la locura, de una santa locura equiparable a la más encendida fe: que si la Fe mueve las montañas, la locura del ideal vence gigantes y derrota ejércitos enteros, aunque sean molinos de viento y rebaños de corderos. El brazo y la voluntad quedan: encantadores y magos pueden oponer sus malas artes, pero la venta será castillo y no otra cosa, y Dulcinea nunca será Aldonza.

Hasta en ese trastruque y cambio de nombres hay como un deseo de borrar cuanto de chato y humilde tiene la vida, hay como un afán evasivo ante la realidad. Pero no se trata de una evasión cobarde y vergonzosa: no es un querer encerrarse en una torre de marfil para construirse un mundo a su voluntad y capricho, sino un abrir los ojos ante un mundo, que por impulso de la fantasía queda vencedor de la realidad. Un mundo hecho a fuerza de voluntad y tesón, a fuerza de ver realidad lo que la esperanza ha soñado. Un hombre sin sueños, sin esperanzas ni fe no es un hombre: es un pobre monstruo que vaga por el mundo con el fardo pesadísimo de su escepticismo, con el plomo agobiador de su «no» a cuanto de humano hay en el mundo y más allá del mundo.

No; Don Quijote no es un hombre pesimista. No niega, sino que afirma. No destruye, sino que crea, y crear es también un poco, o un mucho, crear. Forja un mundo donde sólo la verdad triunfa, donde los sentimientos humanos tienen su más alto rango y valor, porque son atributos del hombre en todo su vigor y realidad. Un mundo en el que todo se ordena a la consecución de ese fin último para el que hemos sido creados: la salvación. Por eso Don Quijote recobra la razón antes de morir. No destruye cuanto crearan sus esfuerzos y aventuras, no destruye el mundo de caballeros, dueños, escuderos, magos y gigantes que creara con su fantasía. No reniega de ellos, sino que los deja ahí. Los abandona con la frente alta y el gesto sereno de quien, habiendo cumplido su misión, se enfrenta con el tremendo misterio para el que hemos nacido: la muerte.

Eduardo Rubio.